

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIX

San José, Costa Rica 1942 Sábado 6 de Junio

No. 11

Año XXIII — No. 939

Sumario:

Una sombra errante y su canción	Carlos García Prada	La voz del Espíritu y del saber	
Acuarimántima	Porfirio Barba-Jacob	Acotación	Pedro Mendoza Bruce
A Porfirio Barba-Jacob	Carlos Luis Sáenz	Concurso literario nacional	
Simbad		El concurso literario sobre Morazán	Alfredo Trejo Castillo
Ejercicios	Hilda Chen Apuy	Jules Romain y Stefan Zweig	Guillermo Jiménez
Acerca del centroamericanismo	Ricardo Carballo M.	Noticia de libros	
Libros vasconcelianos	Benjamín Jarnés	Esquiva	Antonio Urbano M.
El Gobierno de Chile sigue dándonos su honroso apoyo		De la Vida y de la Muerte (XIII)	Lorenzo Vives
La amistad de Frank y Mariátegui	Antonio Gallo	Era verdad, porque lo dijo el Usurero	Francisco Luarca
La cita con el destino	Julio Jiménez Rueda	Vieja tonada	J. J. Salas Pérez
		Una mujer	Roberto Fernández Durán

Una sombra errante y su canción

Por CARLOS GARCÍA PRADA
(Universidad de Washington)

(En el Rep. Amer.)

"El hombre es un ser temporal y contingente lanzado entre dos nada".—Heidegger.

"El ideal gusta de viajar".—Barba-Jacob.

Acerca de Porfirio Barba Jacob se han formado muchas leyendas. La más conocida la describió Rafael Arévalo Martínez en su maravillosa novelita, *El hombre que parecía un caballo*, y la más impresionante la reveló el poeta mismo al definirse con orgullo como el Ahasverus de la poesía americana.

¡Atrevida y precisa definición!

Ahasverus—héroe del trágico mito del Amor y la Expiación—fué condenado a padecer y a sudar sangre por haber injuriado a Jesús, en su camino del Calvario, y anda sin descanso, entre sombras y abrojos, y queriendo herir al Cielo con sus alaridos, u ofenderlo con sus blasfemias.

Como su paradigma, el poeta colombiano fué por el mundo, lleno de dudas y zozobras, de anhelos, y dolores y miserias, sediento como un fauno entre las azucenas del Evangelio, llena el alma de una amarga y honda tristeza que le goteaba de los ojos como de una gruta asombrosa y milenaria. Su sed y su hambre—que eran más del alma que del cuerpo—, debieron de calmarse al morir, abrazado a un Cristo, y evocando melancólicamente el recuerdo de su Colombia natal a quien amó con devoción que ella sólo ahora comenzará a reconocer.

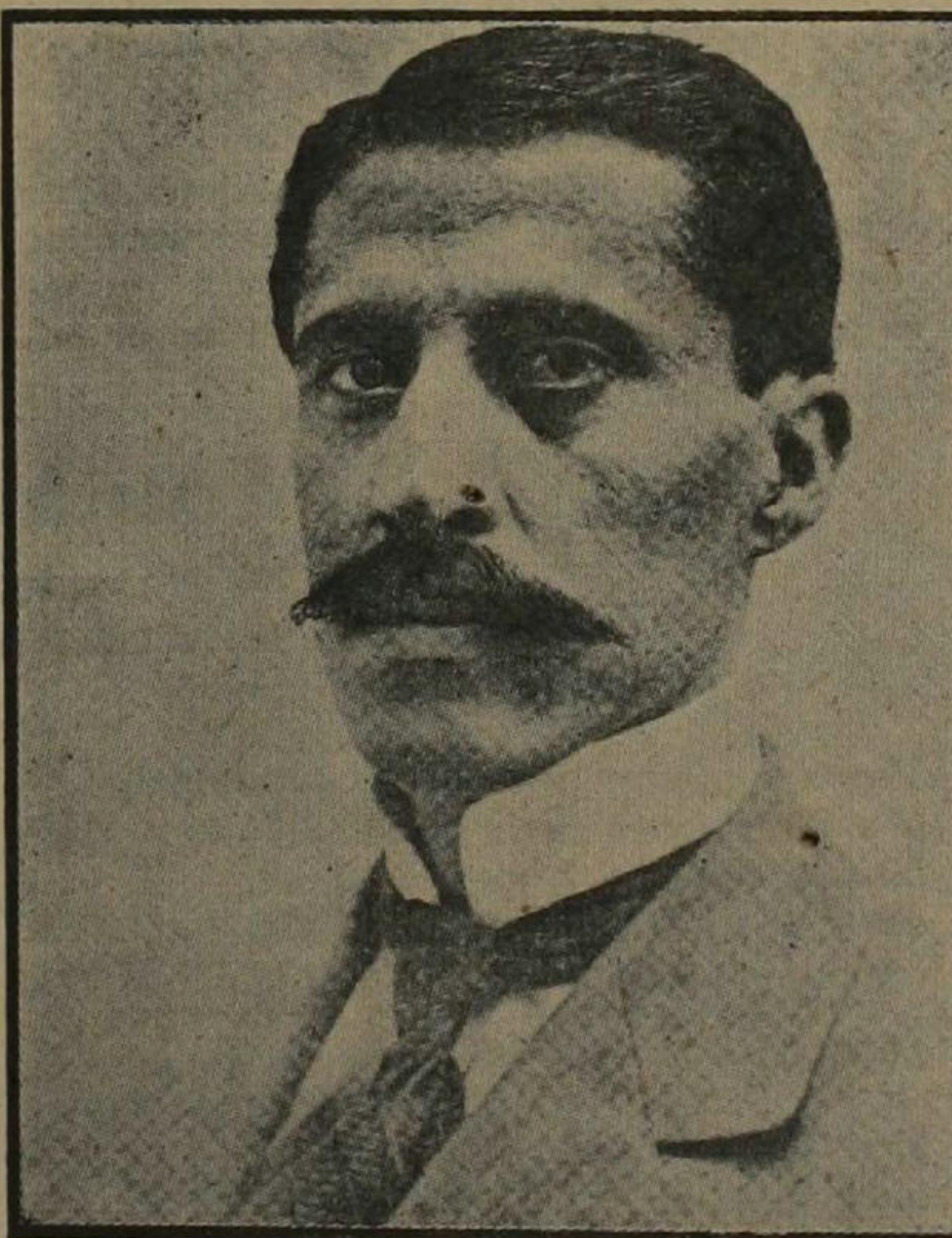
¿Leyenda?

No todo será leyenda—y bien lo apuntó Rafael Maya—pues el poeta de la *Canción de la vida profunda* vivió intensamente y mordió en muchos climas la manzana de varias formas y colores que guarda la ceniza de las ciudades castigadas.

El poeta Barba Jacob es la sombra de un símbolo, y como tal, y en sus canciones, seguirá su marcha atormentada y sin rumbo por los ámbitos de América.

Miguel Angel Osorio—Barba Jacob—descendía de una raza aguileña y milenaria, y vivió bajo el hechizo de la Dama de los Cabellos Ardientes.

Nació en un hogar que contaba con más de ciento, entre hijos y nietos, y que presidía su abuela, mujer santa que despertó en su alma—dijo él—"un grande amor a la vaga poesía del mundo". Pero el niño Miguel Angel, "tan raro y tan amante", no gustaba del hogar ni



Porfirio Barba-Jacob

(Cuando se llamaba Ricardo Arenales)

de la escuela, y prefería irse por los campos llenos de brisas, aromas y susurros, y de luces armoniosas... Aquello sucedía en Santa Rosa de Osos—quieta y blanca villa de su "Antioquía israelita, entraña de Colombia y ninfa melódica de (su) ideal América"—, donde la salud, la inteligencia y la esperanza "son como flores caídas del manto de Jesucristo".

Cuando tenía diez y seis años, Miguel Angel Osorio fué reclutado por el gobierno conservador de Colombia, e hizo campañas militares, sin disparar ni un tiro ni presenciar el horror de una batalla. Después—muerta su abuelita—entró en "la Real Universidad del Mundo" y recibió "el honor de sus borlas"... Dejó para siempre el hogar, se fué río abajo, hacia el mar, y como "resplandecía de ignorancia", leyó a los clásicos—que le daban el sentido de la forma, ya que no el de la libertad—, y también a los autores finiseculares, y muy especialmente a Guyau, Nietzsche, Marx, Darío, Silva y Valencia, en quienes hallaba el fulgor del "alma

moderna, de temblorosa inquietud, matinal y nostálgica, y anhelosa en América, de bien y justicia, por amor estético".

La alta tónica de su espíritu—decía—era la idea de que *vivir es esforzarse*. La traía de su Antioquía, junto con una inocencia que, "como cendal de albura", cubría "la chispa madre de (sus) futuros incendios"... Y se dió a viajar, por los países del Mar de las Antillas—galano, sonoro, pegajoso, irisado de diamantes, y opulento de ondas y de olas—, que le inspiró un misticismo de enigmática esencia, sensual y rencoroso, y ardido de invencible e "indeciso anhelo de paz en el regazo de una creencia, de una deidad, de una sublime locura del alma".

¡La diáspora de su raza, viva en él, y apremiante!

Hambreado a veces, y combatido, el poeta tuvo que ganarse el pan vendiendo su pluma al periodismo político, y se adentró en el tumulto de la vida, "dichoso en el peligro", y levantando sus "ideales de hombre como antorcha, ebrio, el oído atento a la cántiga de las sirenas"...

En México, en Cuba, en Guatemala, vió "las más negras simas del alma y de la vida social". Se asoció con efebos, mujercuelas, hampones y vagos y anarquistas. Conoció los horrores y los deleites del vicio. Palpó las cosas, y se dió cuenta de que en ellas se manifiesta la tragedia universal que hiere y conturba al espíritu. Las palpó—"espuma en nuestras manos"—y las halló cautivas, igual que los hombres, y tal y como si fuesen nada más que "la veste de un Pensamiento Perdido... en la ilusoria sucesión del Tiempo y del Espacio".

Era entonces el Ricardo Arenales y el Maín Jiménez de la juventud, de soldados cabaleros que acariciaban la ilusión de hallar el Buen Camino, perdidas ya y humilladas la sencillez y la inocencia de la niñez elemental. ¿Cómo lograrlo si Arenales y Maín llevaban en sí mismos "el gusano letal de la concupiscencia", y el amor se les hacía llama melancólica en sus carnes, y eco lúgubre en sus cisternas? Maín y Arenales murieron. ¡Tenían que morir!

Por tercera vez el poeta se mudó de nombre, por ver de perfeccionar el viejo anhelo de redención, no ya por el "amor", sino por la virtud del canto y por la inteligente y esperanzada contemplación de una *Acuarimántima* azulina y lejana... ¿Se encontró a sí mismo Porfirio Barba-Jacob?